

Gustavo Gutiérrez: Pensamiento y profecía

INSTITUTO BARTOLOMÉ DE LAS CASAS



Respecto al sentido y el posterior desarrollo de la religión, unos plantean ejercer la opción de la renuncia, pues la consideran un vano consuelo que emerge de ideas falsas, y plantean el vivir una ética enteramente laica. Otros, más bien, postulan, desde Latinoamérica, dotar a la religiosidad cristiana de un nuevo sentido. Entre ellos destaca nítidamente Gustavo Gutiérrez, cuyo agudo y riguroso trabajo teológico y social tiende a adquirir mayor relevancia.

El padre Gustavo Gutiérrez —premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades 2003 y Premio del Ministerio de Cultura 2012— es sin duda uno de los intelectuales más importantes del Perú. Es, además, un intelectual muy peculiar, porque —como teólogo y como hombre de fe— persigue en primer lugar que el pensamiento riguroso pueda hacerse carne y vida concreta. Desde *Teología de la liberación: Perspectivas* (1971), Gutiérrez ha sostenido que la teología esclarece y orienta la praxis. De acuerdo con sus reflexiones, la teología es tanto Palabra sobre Dios como Palabra sobre la condición de los seres humanos en el mundo. Esta palabra humana está inscrita en el espacio y el tiempo de las relaciones humanas. Está inserta en la historia. El “lenguaje” mismo pone de manifiesto la sociabilidad y la temporalidad como rasgos distintivos de la vida de las personas y de sus modos de lidiar con el mundo.

La Palabra sobre Dios se pronuncia en un contexto histórico-social determinado. En ese sentido, la teología de la liberación es considerada una “teología inductiva” —al lado de las teologías feministas, las teologías ecologistas, la teología política de Metz, etcétera—, en contraste con las teologías más tradicionales y conservadoras, que se conciben a sí mismas como “deductivas”. Éste es un juicio correcto, por supuesto. Gutiérrez asume como punto de partida el hecho social de la pobreza y la exclusión en América Latina. Esta propuesta está enmarcada en la tesis cristiana de la encarnación. En contraste con otras religiones cuya espiritualidad persigue abandonar el mundo para lograr la plenitud o la trascendencia, el cristianismo sostiene que el Espíritu logra la plenitud solo si ingresa en la historia y en el horizonte de la experiencia humana. La *kénosis* es un principio básico del cristianismo, y la teología de la liberación lo recoge como una pauta fundamental de su análisis.

La encarnación es una parte importante del misterio de nuestra fe. Pretender salir de esa encarnación histórico-social equivale a no comprender del todo el cristianismo. Por supuesto, esta dimensión concreta no agota la trascendencia del Espíritu —*Beber en su propio pozo* pone de manifiesto la riqueza de la teología de Gutiérrez en materia de espiritualidad y de recogimiento frente al misterio divino—; antes bien, muestra el enorme valor de lo que significa ser-para-los demás: el cultivo del *ágape* y la construcción del Reino son propósitos centrales en la vida del cristiano.¹ El Reino no es so-

lamente el estado de cosas al que uno puede aspirar después de la vida; se trata también de una forma de vivir en comunidad basada en el ejercicio de la justicia y del amor que puede configurarse aquí y ahora, con las limitaciones que impone la finitud. “No se va a decir: está aquí o está acá”, dice el propio Evangelio, “y sepan que el Reino de Dios está *en medio* de ustedes” (Lucas 17, 21).

La pobreza y la exclusión son situaciones incompatibles con el trabajo por el Reino de Dios y su justicia. Gutiérrez señala que ser pobre es estar expuesto a una muerte prematura. La situación de injusticia que padece convierte al pobre en un blanco potencial de violencia física o psicológica y de diferentes formas de discriminación. Dadas las circunstancias que enfrenta, él no puede acceder a las condiciones que le permitirían poner en ejercicio las capacidades básicas para llevar una vida de calidad. Se le excluye de cualquier forma relevante de participación en el mercado y en la esfera pública. No se les reconoce *de facto* los derechos que protegen a los ciudadanos de una comunidad política.

La pobreza y la exclusión no son “hechos” de la naturaleza, como los desastres naturales. Se trata de situaciones que son generadas por decisiones humanas y estructuras sociales concretas (Gutiérrez 2005: 14-15). Es cierto que muchas veces los perpetradores de tales injusticias —o quienes han decidido coexistir amigablemente con ellas en los contextos de la vida cotidiana— tienden a encubrir las situaciones de injusticia bajo el engañoso lenguaje de las fatalidades (Shklar 1988). La discriminación racial, sexual y socioeconómica son buenos ejemplos de esta forma de daño.

En el Primer Testamento y en los Evangelios encontramos múltiples referencias críticas a la pobreza como una condición *inaceptable* que debe ser cuestionada y combatida desde las exigencias morales y espirituales que plantean la Alianza con Dios y el esfuerzo por el Reino. Hacer abstracción de estos pasajes y exigencias trastocaría el mensaje mismo de la Escritura. Constituye también una preocupación para la Iglesia católica, como atestiguan los documentos del Concilio Vaticano II, así como las reuniones de la Iglesia latinoamericana celebradas en Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida. Juan Pablo II usa la expresión “estructuras de pecado” para referirse a estructuras sociales que lesionan la dignidad humana y minan una cultura de la solidaridad al interior de los pueblos. La “opción preferencial por el pobre” es ya el estandarte de la doctrina social de la Iglesia. La cultura de paz que promueve el cristianismo denuncia

1 Revisense asimismo las importantes reflexiones de Salomón Lerner Febres (2007) sobre la fe cristiana, que encuentro próximas a esta senda teológica trazada por Gutiérrez.



la pobreza y la exclusión inconsistentes con el ideal de justicia y amor presente en el Evangelio.

Al ubicar en un primer plano la injusticia manifiesta que es la pobreza, Gutiérrez está poniendo en ejercicio una antigua tradición crítica que se remonta a los primeros textos bíblicos, al corazón del magisterio de Jesús y al pensamiento de la Doctrina Social de la Iglesia. Cultiva asimismo esta práctica hermenéutica cuando entabla un diálogo lúcido entre la teología de la liberación y la literatura de Vallejo y de Arguedas. Pero además, este proceder en el quehacer teológico converge perfectamente con la actividad profética —presente tanto en los textos proféticos como en la prédica de Juan y las enseñanzas de Jesús— consistente en la crítica radical —esto es, atento a las raíces— de las prácticas injustas en el seno de la comunidad, a partir de la invocación del acervo de saberes y experiencias presentes en la propia comunidad. En la propia comunidad espiritual —en sus “fuentes de sentido”— encontramos los recursos críticos que permiten el señalamiento de la injusticia y la reforma de nuestras prácticas. La memoria de la “buena nueva” anunciada por Jesús y sus discípulos pone de manifiesto la inhumanidad de la violencia en cualquiera de sus versiones, incluyendo las que producen la desigualdad y la restricción de las libertades y los derechos de las personas.

En la teología de la liberación propiamente dicha encontramos estos motivos proféticos, así como estos referen-

tes de tipo hermenéutico. Señalar que en el mensaje cristiano el Espíritu se encarna implica —desde un punto de vista ético y social— involucrarse con la situación de los demás, seres de carne y hueso, especialmente con el duro trance que enfrentan quienes padecen injusticia y exclusión. Es preciso pensar la justicia y comprometerse con ella. La vida y la obra de Gustavo Gutiérrez constituyen un testimonio y un ejemplo permanentes de esta preocupación estricta por el bien del otro. 

GONZALO GAMIO GEHRI

Doctor en Filosofía. Actualmente es profesor en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GUTIÉRREZ, Gustavo (2005). “Pobreza y teología”. *Páginas* 191, febrero.

LERNER FEBRES, Salomón (2007). *Universidad, fe y razón*. Lima: PUCP.

SHKLAR, Judith N. (1988). *The Faces of Injustice*. New Haven and London: Yale University Press.